

CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

Discurso pronunciado en nombre de los graduados, en la solemne colación de grados del 8 de diciembre de 1915.

Señor Rector,

Señores Académicos,

Señores Profesores,

Señores:

Erraba en la mañana de este día, una musa graciosa y fresca. Un aliento de juventud brotaba de la tierra recién amanecida, y en el aire — dulce y vasto — vibraba el Sol como una limpia canción de primavera. El parque inmediato lleno de misterio y murmullo, acentuaba su fina arquitectura. Sobre la charla pueril de las cosas, la tierra rompió a cantar, mientras se aclaraba en cobalto el violeta oscuro de la sierra. Traía prisa el sol por alegrar la mañana y el primer rayo de luz pasó volando sobre la copa de los árboles, y fué a quedar prendido entre la veleta de las torres, y las campanas para hacerle fiesta echaron al aire su voinglería, y el aire, desde entonces, está sereno, claro y azul, alegre como otra campana: campana de juventud! campana de primavera!

Dicen que el árbol de la Ciencia está aquí, cargado de pommas. Y en este día azul, bajo el pórtico engalanado, pasa la vida nueva: el corazón en fiesta, el espíritu en pleno dominio de sí, el cuerpo viajero, los ojos inquietos y avizores... Dicen que el árbol

Una de las mayores ventajas de la Ciencia es, por cierto, la que permite utilizar a los espíritus más modestos. El arte no soporta jamás la mediocridad. La Ciencia se vale frecuente y subalternamente de ella.

En todos puede encontrar colaboradores. Un poeta mediocre — se ha dicho — es para el arte un ser perfectamente inútil. La Ciencia en cambio nada desdeña, amasa todas las observaciones, reúne y multiplica todas las fuerzas intelectuales. Por esta razón la Ciencia lleva dentro de sí una fuerza de propagación que solo han tenido las religiones, a las cuales acaso substituya. Basta que salga del trance puramente especulativo o indagatorio. Basta que florezca en acción. No debe proclamarse como se proclama en tantas partes la “bancarrota de la Ciencia”, sino la del cientificismo. Solo ella puede salvarnos de los males que nos circundan. Lo que hace falta es depurarla y hacerla coherente: adaptarla a las necesidades “totales” de la civilización.

La Ciencia en definitiva no es otra cosa que la experiencia de la humanidad hecha sistema, orden, claridad, armonía. Para la Ciencia debe haber una discreta asociación de los espíritus. Sin duda que un número reducido de dominadores será siempre necesario “para dirigir el trabajo, abarcar el conjunto de los materiales acumulados, distribuirlos y elevarse a inducciones imprevisitas.” Claro está que en lo extremo de la correntada va el penacho de agua turbia, pero el agua lejana es más caudalosa, más serena y más pura. Hay un escollo que siempre debe evitarse: la Ciencia — se ha dicho — tiene sus entusiastas pero tiene también sus fanáticos, y si fuera necesario tendría asimismo sus intolerantes y sus violentos. Afortunadamente lleva el remedio consigo misma. Engrandecida, encuéntrase al fin en ella el principio mismo de la tolerancia.

La “bancarrota” más seria de la edad contemporánea es la bancarrota de la moral. La guerra actual dá la evidencia de todos los fracasos. Si las inteligencias se han desprendido de los dogmas, el entusiasmo propio de las religiones debe entonces despla-

zarse en las doctrinas científicas y sobre todo en las creencias morales y sociales. No pensemos en retroceder, sino en utilizar los materiales que tengamos a mano. Recordemos la hermosa parábola de Rodó; la de aquel niño que paseaba ufano su gozo por el jardín golpeando acompasadamente con un junco su copa de cristal, hasta que en un arranque de volubilidad cambió el motivo de su juego y llenó la copa hasta los bordes con arena del sendero. Ya la nota del herido cristal no vibraba en el aire. Ante el fracaso de su lira los ojos húmedos del niño se detuvieron ante una flor muy blanca del cantero inmediato. Cortándola la sujetó en la propia arena del vaso enmudecido y continuó paseando por el jardín su ingenuo goce nuevo. Así creemos que de todas las teorías tan diversas sobre los principios de la moral, de la variada experiencia científica, resta un fondo común de ideas, susceptibles de enseñanza y propagación popular. Así como la solidaridad de las inteligencias sirve a la obra científica, la solidaridad de las voluntades será útil para los sufrimientos humanos que hay que aliviar, para los vicios y errores que es necesario curar, para las ideas morales que es preciso esparcir. La fraternidad fundada en la conciencia "humana" de la solidaridad, será el campo fecundo de la futura siembra moral. Rotos los resortes inhibitorios, aventado el tesoro afectivo del legado religioso, no penetra aún la humanidad,—en esta época de transición—de los nuevos valores que se predicán, se agitan los hombres en una lucha grosera, sin heroicidad, sin cuartel y sin nobleza. Nadie procura comprenderse. El egoísmo, estrechando la esfera de cada actividad, concluye por empobrecerla. Ahí está el enemigo, el eunuco de baja ralea! El egoísmo, ha dicho un escritor contemporáneo, es la eterna ilusión de la avaricia, temerosa ante el pensamiento de abrir la mano, sin darse cuenta de la fecundidad del crédito mútuo y del aumento de las riquezas por su circulación. En Moral como en Economía, es necesario que alguna cosa de nosotros circule en la sociedad, que mezclémos un poco de nuestro ser propio y de nuestra vida en la de la humanidad entera. Quien sea incapaz de sobrepasar un

instante a su misma individualidad es en verdad un impotente. En la Ciencia humanizada, pragmatizada, encuéntrase el remedio para todos los males. Por eso pienso que en las Universidades está el secreto de las grandes transformaciones, por eso pienso que estas deben realizar de otro modo sus funciones, por eso pienso que no deben ser solo escuelas de profesionales, por eso pienso que necesitamos maestros a la manera socrática, como se estilaban en aquellos grandes pueblos de la antigüedad: los que mejor comprendieron el sentido profundo de la vida...

Uno de los mayores obstáculos a la propagación, a la "penetración pacífica" de la Ciencia, es el "pedantismo" intolerable con que ha logrado desfigurarla y esterilizarla la hegemonía intelectual de Alemania, foco principal de ese feo vicio. Acuso especialmente a Alemania de haber contribuido a matar la imaginación en las ciencias con el culto exagerado del "hecho" omnipotente. Los hechos en si mismos nada valen. Confirman o no, verdades, intuídas, por lo general. El entusiasmo espontáneo se debilita o se recoge herido. Y el entusiasmo es el promotor de todas las obras humanas. Supone "la creencia en la realización posible del ideal, creencia "activa" que se traduce en el esfuerzo. Los espíritus demasiado positivos, cultores enfermizos del "hecho" padecen el mal de no poder conocer todo lo posible. La vida se detiene en los umbrales de sus bibliotecas. Distinguen con admirable precisión lo "que es", de lo "que no es".

El mundo, sin embargo, es de los verdaderos entusiastas, de los que distinguen lo que es de lo que "todavía" no es; de los que miran el presente como el marco del porvenir, de los espíritus sintéticos que saben vincular lo ideal y lo real, de los que advierten una "dirección" y por consiguiente persiguen un fin, de los que saben quebrar los contornos rígidos y sacar palpitante y viva la realidad sucedánea. Allí es donde se incuban los Profetas y los Mesías de la Ciencia!

En la confusión de la vida contemporánea se han borrado de la conciencia humana casi todas aquellas buenas leyes morales y sociales que solían antaño llevar a los hombres de la mano. Mientras tanto, los maestros que debió generar el entusiasmo, callan. El "aura mediocritas" resplandece. En todas partes la autoridad duda de sí misma, y ni en política, ni en religión, ni en ciencia, ni en arte, aparecen los maestros-índices. Caen los prejuicios, instituciones seculares vacilan, pero no surgen los nuevos arquitectos
 ¿En dónde están?

El mundo moderno ofrece el espectáculo de una confusión indescribible. Todo vacila en sus cimientos, pero no brillan las piquetas de los rudos trabajadores. ¡Debe ser un trabajo silencioso de hormigas!

Se acentúa la crisis de todos los valores. Estarán revisándose de verdad o se realizan tristes profecías? ¿Se estarán cumpliendo acaso las viejas palabras de Amiel? "Se vé que comienza en todas las cosas la era inevitable de la mediocridad. La igualdad engendra la uniformidad y sólo se desembaraza de lo malo sacrificando lo excelente, lo notable y lo extraordinario. Todo se hace menos grosero, pero más vulgar. El tiempo de los grandes hombres se va y llega la época de los hormigueros y de la vida múltiple. Por la nivelación continua y la división del trabajo la sociedad será todo y el hombre no será nada. Las medianías se elevarán en detrimento de toda grandeza. El estadístico registrará un progreso creciente y el moralista una decadencia gradual; progreso *en las cosas* decadencia *en las almas*. Es posible que esto sea definitivo? Será este el resultado de una lenta gravitación histórica, o el lote obligado de un aluvión? Me inclino a creer en el último enunciado. Y cada escaso progreso de la sensibilidad o de la inteligencia remata en nuevos y sutiles dolores. Cuenta Guyau — aquel dulce santo laico y más que todo, niño resignado y triste — que a veces en las montañas de la Tartaria se ve pasar un animal extraño huyendo anhelante bajo la niebla de la mañana. Tiene los grandes ojos de un anti-

lope, desmesuradamente abiertos por la angustia; pero mientras galopa y golpea el suelo con el pie — tembloroso como su corazón — se ven agitar a los lados de su cabeza dos alas inmensas que parecen elevarle a cada uno de sus movimientos. Se hunde en las sinuosidades de los valles, dejando rastros de sangre sobre las duras rocas. De pronto, cae. Entonces se ven las dos alas gigantes desprenderse de su cuerpo, y un águila que aplicada a su frente le devoraba lentamente el cerebro, se eleva saciada hacia los cielos. . . .

El pesimismo, anacrónico en estos pueblos recién nacidos y que florece en la sombra de los ojos prematuramente cansados, entorpece la voluntad y devora la idea viva en el propio instante de la creación. La juventud actual padece ese grave mal que se oíó en llamar "mal del siglo". A su amparo crece. Desorientada, aturdida por la balumba de cosas contradictorias, atraída incessantemente de todas direcciones, sin control, cae en la misantropía o vaga en la superficialidad. Y quién tiene la culpa de esto? Nosotros? Nó! Todos! Es que no hay nobles direcciones ni para el pensamiento, ni para la acción. Todos se equivocan: tanto los que nos empujan en tumulto hacia la vida intelectual como los que se encargan de formarnos. Todo es confusión y tumulto. Perdida en la extensión de América apenas se escucha la voz de uno que otro maestro. En este cielo uniforme y monótono, apenas se levanta una que otra estrella. En América no hay maestros; en Europa casi todos se han ido ya para siempre. Nosotros acaso no pudimos o no tuvimos tiempo de formarlos porque en la casa de Mammón fuera estruendosa y hostil la algarabía. Pero hacen mucha falta! Vivimos en perpetua improvisación de hombres y cosas. Por cada uno que se logra, noventa y nueve muerden el polvo del fracaso. El único maestro cierto que existe, es, por otra parte, caprichoso: se llama Azar. Entre nuestros mismos escritores las pocas individualidades originales son, ciertamente, autodidactas. Y la obra que todos realizan, salvo la de muy pocos, no trasciende simpatía. Es obra orgullosa, encastillada, impopular. No queda

otra semilla que la sugestión de un esfuerzo penoso. No tiene trascendencia. Le falta el pequeño toque humano.

En el ambiente social hay factores que contribuyen a la esterilidad de la vida intelectual y universitaria. Por eso dije antes que el mal está en todas partes. Nosotros—los americanos—no pertenecemos en realidad al viejo tronco latino sino en escasa medida; somos latinos por la tradición que de ellos recogimos, más que por la raza. España es un pueblo afro-europeo que recibió una tradición latina prolongándola en sus colonias de ultramar. Y entre las tradiciones de la vieja Roma guardamos y cultivamos con raro empeño la que desprecia el trabajo que domina y engrandece las fuerzas naturales. Formamos entonces en estos pueblos el patriciado de la Burocracia. Los burócratas españoles de la Colonia fueron los primeros patricios. Es nuestra más antigua ejecutoria de nobleza. Sin las ventajas y con todos los defectos de la vieja aristocracia se implantó. Difieren en sus orígenes. La dádiva del monarca por lo regular blasonaba una gesta épica; el desarrollo artificial, progresivo, inútil, del Estado y sus funciones administrativas y políticas, frecuentemente cobija la tristeza estéril de los vencidos innatos.

En consecuencia ha acabado por confundirse — casi de buena fé — el rango con el mérito.

El rango — ha dicho Ingenieros — no es la consagración del mérito, sino el mérito mismo, en la moral burocrática.

Uno de los más graves males que padecen las democracias americanas es el desarrollo de la burocracia. Y lo digo fuertemente. El Estado es la necesidad máxima: fuente de todos los apetitos, camino obligado de todas las esperanzas, supremo árbitro en la vida del esfuerzo, posada de todos los peregrinos, venda para todas las heridas, refugio de convalecientes y de inválidos, creador de una mentalidad, de una moral y de una conciencia específicas. El Estado lo es todo. La iniciativa individual no es nada. La voluntad creadora del individuo debe estrellarse ante el monopolio gratuito creado por la asociación de los minúsculos, de los ina-

daptados a la vida libre y creadora. Eso no es por otra parte un mal exclusivo de nosotros. Es la estampa del Estado latino. El socialismo mismo se equivoca, cuando estimula la garra del Estado y fía en su fuerza el apoyo de la justicia futura. Es una espada de dos filos: cuidado con ella! En la vida simple de la nación los órganos de la administración pública se complican de una manera exagerada. Los presupuestos, "en toda su gama" hacen vivir a una clase estéril, reclutada — quien lo creyera! — entre los que ostentan títulos universitarios. Al pié de las murallas, una multitud espera...

¿Y por qué es esto? Es porque se tuercen las vocaciones. No son las disposiciones naturales del espíritu las que marcan el paso en la vida. Jamás se consulta a la ley espontánea "del mínimo esfuerzo". La esclavitud al prejuicio del trabajo que denigra, es la primera representación mental que se forma en el jefe de familia ciudadana cuando se trata de asegurar el porvenir del hijo. Este prejuicio es el que entristece muchas vidas, el que desarticula proporciones entre los campos y las ciudades, el que empobrece el ambiente mental y moral de nuestros centros urbanos, el que fabrica "pájaros de barro", el que deja al extranjero activo el monopolio de la industria y del comercio, el que permite que ellos adquieran la propiedad de la tierra que heredaron americanos desprovistos de energías. Desde el punto de vista de la vida nacional esta falta de equilibrio, inquieta. "Estas naciones — ha dicho García Calderón — que invaden inmigrantes activos, son dirigidas por un grupo de mandarines, y si una ducación práctica no desenvuelve en la juventud las "vocaciones" comerciales e industriales, los colonos enriquecidos desplazarán al criollo de sus viejas posiciones. Las grandes transformaciones políticas del porvenir, serán debidas al desenvolvimiento equilibrado de la riqueza común."

Se tuercen las vocaciones. Meditad, maetros y discípulos!

Aquí, en estas severas casas de estudios, están ocultos y sin desarrollo los procedimientos defensivos. Aquí deben estrellarse

las vanas lamentaciones, aquí debe elaborarse el pensamiento nacional, aquí la juventud tocada de graves inquietudes debe encontrar las altas señales, desde aquí se debe poder mirar hacia todos los horizontes. . .

La juventud que pasa por los jardines de Academus, no puede querer la enseñanza oscura y rutinaria del dómine pedante. Ella no necesita de verdades concretas, fáciles de adquirir en el sosiego de los gabinetes. No fórmulas anquilosadas que de nada sirven cuando la dinámica de las cosas nos urge en la urdimbre nueva, sino ideas vivas. La verdad no es patrimonio de nadie; es un perpetuo devenir. Casi podría decirse que no existe ni ha existido nunca. Lo único que han existido son verdades: La verdad sería acaso la sombra de las verdades: lo que las alienta en su transmutación incesante. Lo que debemos encontrar son gestos amplios señalando las grandes rutas del pensamiento, el punto de donde parten todos los caminos. Ese punto está en nosotros mismos, en la porción de originalidad que cada hombre sincero puede dar, en el desarrollo espontáneo de la aptitud dormida. El maestro no debe aspirar sino a que nos descubramos a nosotros mismos. Ahí está lo fecundo en la confluencia de maestros y discípulos. Nada de pedantismo, nada de solemne aparatosidad, nada de recetas! Debe aspirarse antes que todo a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, muerto y amortajado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura! Recordemos con Taine, que la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por los ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conservan con Sócrates sobre el bien y la verdad.

Compañeros de colación: amigos y camaradas en las horas de las charlas bulliciosas, ingenuas: Ya la ronda de la alegre estudiantina, apaga en las callejas su pretérito rumor. . . Ahora es-

tá la Vida, frente a frente, mirándonos con una expresión enigmática. Tal una Isis impasible. Pero no nos conturbemos; siempre es así. Al fin y al cabo no sabe de dónde venimos ni hacia dónde vamos... Pero nosotros sí, lo sabemos! Cumple entonces dirigir nuestra prora impetuosamente hacia el rumbo que nos marque "el lucero interior". Hagamos siempre nuestra obra personal sin perder jamás de vista la obra colectiva. La nacionalidad reclama hoy más que nunca el esfuerzo constante de todos. Si los ideales que debemos aventar hacia los cuatro vientos, son en cierto modo universales, sintámonos vibrar al unísono en la tierra natal. Soñemos con una patria ideal para la humanidad entera, pero razonemos con Michelet: "La patria es una amante tras de la cual corremos también. Ulises no se cansó hasta que no vió humear los techos de su Itaca". Es preciso adelantar o retrogradar. El estado presente no puede subsistir. Debemos estar preparados para muy rudas faenas que se acercan inevitablemente. A los jóvenes de hoy nos ha tocado nacer en el trance más oscuro de la historia. Amigos: la tragedia de Europa es algo más que una guerra; allí está ardiendo una civilización. El humo denso, cargado de miasma, llegará hasta aquí. Preparemos entonces los ojos para distinguirnos en la sombra. Preparemos el espíritu para comprender el sentido de lo que vendrá. Preparemos el oído para distinguir las voces amigas entre el ronco grito de los descontentos. En adelante, todo ha de gravitar sobre América. Aquí han de tener final los viejos pleitos humanos. Será éste el campo de una vasta experiencia. Mientras tanto estudiemos! estudiemos sin descanso y sin fatiga; no nos sorprenda la tempestad en lo más apartado del bosque, ocupados en pasatiempo inocente! Tampoco nos arredre el futuro dolor, que el sacrificio es bello cuando cuaja en una verdad o en un bien. Uno de los maestros que aroman nuestra intimidad, ha notado que "en las tablas roble de los coros de iglesia — amorosamente esculpidos en los tiempos de fe — el mismo tipo de madera representa con frecuencia, sobre una de sus caras, la vida de un santo y sobre la otra una serie de rosas y de flores, de tal suerte

que cada gesto del santo figurado de un lado, se convierte por el otro en un pétalo o en una corola; sus sacrificios o su martirio se transforman en un lis o en una rosa. Obran y florecen, todo a un tiempo. Sufrir desplegándose, abriéndose como una flor, unir en sí la realidad del bien a la belleza del ideal, este es el doble objeto de la vida y nosotros — lo mismo que los antiguos santos de madera — debemos esculpirnos también sobre dos caras.”

DEODORO ROCA.
